**LA PASTORAL DE LA CONVERSACIÓN**

El primer desafío que tiene la Iglesia hoy –y que, en realidad, ha tenido siempre- es anunciar el Evangelio como una buena noticia para la realización de las personas en todos los sentidos de su existencia. Si esta es la razón de ser de la pastoral, habrá que revisarla porque no se están dando los resultados que de ella se esperan. El cristianismo no está pasando a las nuevas generaciones. ¿Será que el Evangelio no se entiende? ¿Qué no es una buena sino una mala noticia? ¿Qué las madres o padres no dan un buen ejemplo a sus hijos?

Por cierto, existen actividades o modalidades pastorales que efectivamente favorecen una asimilación del Evangelio. Este artículo pretender potenciar una de ellas: la conversación.

**1.- La conversación como acto humanizador**

La conversación es un fenómeno del habla. Esta tiene de todo un poco. No por mucho hablar las personas conversan. Hay gente que habla, pero no conversa. Hay, además, gente aburrida que atrapa a los demás y les habla hasta que le escapan. Otras, en cambio, no abren la boca. Tal vez tienen algo que decir, pero no se les ocurre hacerlo. O son acalladas por personas locuaces que no les dan la oportunidad de hablar. O son más bien receptivas, tímidas, las cuales se sueltan solo en determinadas circunstancias.

Existe gente apática y antipática. A la gente apática no le apasiona nada. Allí está encerrada, sin distinguir con claridad lo que piensa de lo que siente. No aprende de los demás porque tampoco puede aprender de sí misma. La gente antipática, en cambio, dice pesadeces a los interlocutores. Se las dice directa o indirectamente. Estas personas tampoco aprenden de los otros/as. Los silencian. Hay también personas antipáticas que trafican con informaciones. Tiran la lengua a los demás para enterarse de lo que ocurre a terceras personas. Es antipático que traten de sacarnos confidencias.

También se dan personas simpáticas y empáticas con las cuales es un agrado conversar, porque extraen de las otras personas lo mejor de cada uno/a. Simpático/a es alguien chistoso que se ríe de sí mismo y, cuando se ríe de los demás, lo hace para que estos también rían y se animen a dialogar. El humor, cuando es sano, conjura el miedo natural a ser ridiculizado. Hay gente que comparte poco por miedo a que se pueden reír de ella. Las ironías son dañinas. Hace sufrir mucho. De las ironías no es posible defenderse. Obviamente arruinan una conversación.

También existen las personas empáticas. Estas están atentas al sentir de quienes hablan, procuran oír lo que dicen, adivinar sus mejores intenciones, ponerse en su lugar si sufren y comprenderlos. Así les pueden ayudar si es el caso. Una palabra en el momento justo o un silencio, aunque cueste mantenerlo, puede ser muy importante. Una persona simpática tal vez no sea empática. Se lo es cuando alguien hace bromas siendo que lo que corresponde es la seriedad. Y, viceversa, hay personas que sin ser especialmente simpáticas sí son empáticas. Estas saben sintonizar con la demás, se encuentren estas bien o mal. Empatizar consiste en conectarse interiormente con el *pathos* (la emocionalidad, la pasión) de los interlocutores.

Los lugares de conversación los conocemos. Estos determinan el tipo de comunicación que corresponde. En una oficina, por ejemplo, la conversación puede ser óptima si es eficiente. Pero si se trata de compartir cosas íntimas probablemente habrá lugares mejores y, en todo caso, no es allí donde se deba hablar de asuntos que nada tienen que ver con el trabajo.

Otro ámbito es el de las relaciones familiares. En estas se dan relaciones simétricas y asimétricas. Entre los esposos son simétricas. Con los hijos/as debe haber asimetría. Todo comienza cuando el padre o la madre les hablan a sus hijos hasta sacarles palabras de las bocas. Les hablan hasta hacerles hablar. Mientras más les hablen, mejor. Así amplían el diccionario que usarán a futuro. Pero, lo más importante, es que lleguen a conversar, a efecto de lo cual las preguntas de los niños tendría que ser tomadas muy en serio. Los educadores en general debieran responder a estas preguntas como si trataran con personas racionales capaces de entender y argumentar. La familia es el ámbito natural en que se aprenden las virtudes y los vicios de la conversión. En ella los niños/as aprenden a hablar y, si se les educa, adquieren el hábito de esforzarse en darse a entender.

Las relaciones de amistad son otro lugar de conversación. ¿Se puede ser amigo/a de una persona antipática? ¿Por qué no? La bencina de la conversación es el respeto y el amor. El amor puede lo imposible. La conversación entre amigos/as es un fin en sí mismo. Cuando los o las amigas conversan descubren que la vida consiste en compartir y en compartir-se. Una buena conversación puede durar mucho. A veces, entre una cosa y otra, puede prolongarse por un día entero.

La mesa es un lugar privilegiado para conversar. Por esto la misa, antes que un sacrificio, es una cena. Jesús comía con cualquier persona. Se le acusó de “comilón y de borracho” (Lc 7, 34) por gente que no dejaba de lavarse las manos antes de sentarse a la mesa, pero que tenían la mala costumbre de juzgar a los demás. Es cierto que la urbanidad es importante. Pero la razón de ser de la urbanidad es sobre todo un modo refinado de caridad. Una persona bien educada es de suyo caritativa. La mesa exige estar atentos al vecino. ¿Querrá agua? ¿Pan? ¿Le acerco la alcuza? Puedo hacerle una pregunta cortés. Tomarlo en serio. Hacer sentir con una palabra gentil que es un agrado tenerle cerca, que ha sido una feliz coincidencia sentarse juntos. Al comer juntas, las personas pueden comulgar unas con otras. Se trata de un símbolo antiquísimo. Está en todas las culturas. (En nuestro medio se está desarrollando “el postre”: una conversación con el Nuevo Testamento para compartir después de los almuerzos y cenas).

Al compartir en la mesa, hay gente que sabe poner un tema. No debiera ser normal sentarse con otros/as simplemente para alimentarse. Si no se tiene un tema interesante, cualquier asunto puede servir para comenzar. Una vez que se parta, los demás pueden animarse a hablar y la conversación fluir hacia cualquier parte.

 Es odioso, en cambio, que alguien pretenda llegar a conclusiones exhaustivas. Otra cosa es que un determinado tema, por ser interesante, dure mucho. Habrá que tener cuidado en que nadie se sienta o sea excluido/a. Está bien que se toquen cuestiones que no todos entienden. Pero no que a lo largo de toda una conversación algunos deban quedarse mudos/as.

**2.- La conversación como lugar de testimonio**

Conversar, en estos términos, es un modo de evangelizar. La mera conversación es un acto evangelizador porque produce que las personas sean un buena noticia unas para otras. El intercambio “entre” las personas y “de” las personas es de las cosas más gratas y hermosas de la vida. Por lo mismo, la conversación es un espacio privilegiado para hablar de Dios.

La pastoral no está en cero en esta materia. Las comunidades son un espacio para un tipo de comunicación como la descrita anteriormente. La lectura comunitaria de la Biblia ha sido una innovación pastoral que ha permitido conocer a Jesús profundamente. En una comunidad las personas pueden sacar del alma un testimonio de vida que ilumina a las demás. El Evangelio es contagioso. Cada compartir auténtico y hondo de los textos bíblicos gatilla un contacto con Dios. A las personas una misma lectura les suscita algo distinto que, al ser compartido, también las otras personas pueden acoger a *modo suo* y así sucesivamente. (Esta es ni más ni menos que la historia de la Tradición de la Iglesia, y la razón de ser de la transmisión de la fe a las siguientes generaciones). Nada habrá más importante que descubrir que las personas de la comunidad son hijos e hijas de Dios y, en consecuencia, hermanas y hermanos. (Esta experiencia es el contenido decisivo de evangelización). Jesús, que se supo hijo amado por Dios de un modo similar como ama una madre, enseñó el Padre nuestro a sus discípulos para que formaran la comunidad que llegó a ser la Iglesia. Jesús, el hijo, es el hermano mayor de los cristianos y cristianas. En este ámbito teológico las personas en las comunidades dan lo mejor de sí mismas, comprenden las Escrituras y a su luz comparten lo más profundo de sus vidas.

Otro espacio en el cual la conversación espiritual despliega su virtualidad es el de los ejercicios espirituales. Los retiros nos apartan de los demás y nos hacen callarnos para que Dios hable. Dios habla en el silencio. Por esto son tan necesarios tiempos que no estén copados por el celular, la música o el ruido. Uno habla con Dios y Dios habla con uno aunque lo haga en *mute*. Que nos hable y hablar nosotros/as con Él, es la conversación al más alto nivel, pues solo con Dios se pueden tocar todos los temas con ninguna discreción y sin censura. A Dios mismo se le puede decir lo que se piensa y se siente por Él, e incluso contra Él. Así lo hacían los profetas en el Antiguo Testamento.

Pero en los mismos retiros puede darse un compartir entre los participantes. Es posible en un tipo de retiros, y pudiera darse mucho más. En ellos existe la posibilidad de intercambiar testimonios. El ambiente no puede ser más favorable. Los retiros son una oportunidad para ser iluminados por la luz de los demás, para crecer y ser liberados por ellos, y para perdonarse si es el caso. Si la confianza es alta, si la disposición es cariñosa, es fácil captar cómo Dios habla a través de las personas.

La palabra en los retiros vale oro. La de Dios y la de las demás personas que conversan sobre sus vidas. Las mejores palabras son aquellas que sirven para contar cómo Dios oye y transforma la vida de la gente.

**3.- Conveniencia de una pastoral del testimonio**

La razón de ser de la pastoral es la evangelización. Pero históricamente ha habido modos de evangelización que no han sido evangélicos y, en consecuencia, han podido dar una idea equivocada del cristianismo.

Una pésima versión del cristianismo es la de la Cristiandad. Desde Constantino (siglo IV) hasta incluso después del Concilio Vaticano II, el cristianismo prosperó gracias al poder político. Durante la Cristiandad se daba por supuesto que en un reino o un país todos sus habitantes debían ser cristianos. El sacramento del bautismo era el fundamental. El Concilio Vaticano II, en relación a un sacramentalismo que eximía de la conversión, impulsó un formidable empeño de ilustración con la Palabra de Dios. Hoy los cristianos tienen el Nuevo Testamento en sus casas y saben usarlo. A los niños, en algún momento de la preparación a su primera comunión, se les regala un ejemplar.

Aun así, la evangelización está fracasando. El cristianismo no pasa a la siguiente generación. Hay madres y padres excepcionales, que dan un testimonio maravilloso a sus hijos, pero no consiguen que continúen en la Iglesia Católica. La secularización avanza. La cultura deja de ser cristiana.

Dada esta situación, es necesario volver a los orígenes neotestamentarios. San Pablo, por ejemplo, conversaba con el *Pater familia* mientras trabajaba con él. Si se convertía el padre, toda la familia pasaba a ser cristiana. Se puede ir a los numerosos casos de diálogo de Jesús. Podemos recordar a los discípulos de Emaús. Dice san Lucas que Jesús se acercó a ellos cuando volvían a su pueblo tristes por su muerte en Jerusalén. Les preguntó “de qué venían conversando por la vera del camino” (Lc 24, 17). Le contaron lo ocurrido. Luego cenaron juntos probablemente hasta muy tarde. Después de hablar con Jesús, no volvieron a ser nunca más los mismos. Apenas pudieron, partieron a dar testimonio a los demás de lo que les había sucedido. Algo parecido ocurrió tras la conversación de la mujer samaritana con Jesús. Fue ella a dar testimonio a los suyos de lo que le había pasado con él. Estos, que fueron donde Jesús, “creyeron en él, a causa de su palabra”. Así mismo, le decían a la samaritana: “…no creemos por lo que tú has dicho; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4, 42).

La comunicación interpersonal, compartir una experiencia de Cristo, es el camino originario de la transmisión de la fe. Pero, a la vez, también es básico saber quién fue Jesús. Creer que se puede experimentar a Cristo sin tener idea del Jesús de la Iglesia –es decir, de los testimonios neotestamentarios escritos por los primeros cristianos reinterpretados por otros cristianos los últimos dos mil años- es una ilusión óptica que puede conducir a cualquier lesera o herejía. En otras palabras, la catequesis, el conocimiento de la tradición de la Iglesia (la historia eclesial, las oraciones, las lecturas de las escrituras, los ritos, los sacramentos y sacramentales), deben considerarse instrumentos con que encausar una experiencia.

Lo primero es la experiencia; lo segundo, trasmitir esta experiencia en el lenguaje que la haga inteligible a los demás. En el diálogo persona a persona acerca de Cristo se dan estos dos momentos entreverados. Lo principal es tener una experiencia que cambia la vida aunque sea de un modo microscópico; lo secundario, pero indispensable, es hacerla pasar a los otros/as en virtud de los canales y enseñanzas elaborados a través de reinterpretaciones sucesivas en el tiempo. Uno es el envase, otro el contenido. El contenido sin un recipiente que lo cuide, se pierde. Por esto, tampoco sirve que los padres y madres se conformen con decir “no importa que mis hijos no sean católicos, porque son buenas personas”. Ellos tuvieron a alguien que les enseñó cómo se llega a ser buenas personas aunque, como venimos diciendo, nada del camino hecho por los anteriores vale la pena sin hacer el camino interior que suscita el Espíritu de Cristo resucitado. Los apoderados debieran seguir haciendo de mistagogos (*mistagogía*, iniciación en la fe) y pedagogos (*paideia,* educación). No pueden ceder, aunque el panorama cultural no sea auspicioso.

En todo caso, la experiencia de Cristo que la pastoral tendría que prioritariamente inducir puede darse mejor si, por una parte, es horizontal y, por otra, opera en términos de reciprocidad. Esta es una apuesta personal mía, lo confieso. La pastoral debiera crear instancias en que personas de edades semejantes puedan dar testimonios unas a otras de lo que pasa en sus corazones cuando leen las Escrituras. Entre ellas tendría que darse la posibilidad de ser al mismo tiempo evangelizadores y evangelizados. Uno es el testimonio unidireccional, esto es, enseñar quién fue Jesús y qué es lo que la Iglesia cree de él; otro, compartirlo en clave bidireccional. Habría que inventar nuevas modalidades de conversación pastoral.